

la

e e
s, y,
pos-
sión
le la

AL SERVICIO DE CRISTO Y DE SU IGLESIA

gra-
ones,
iciar-
en se-
sto, el
do se
lo del
te pa-
a reli-

l Beato
r unifi-
e nues-
un solo



R

María Clara Lucchetti Bingemer está casada y tiene tres hijos: María Laura, 23; Carlos, 20; y María Cándida, 16 años. Enseña Teología y pertenece a la CVX desde 1979. Fue Presidente de la CVX-de Brasil durante 7 años; en 1990 fue elegida Vice-Presidente de la Comunidad Mundial de Vida Cristiana. Ha escrito varios libros que han sido traducidos en diversas lenguas.

Historia de mi Vocación CVX

Esta historia describe la experiencia de mi camino en la Comunidad de Vida

Cristiana. Espero poder transmitir la dinámica de la gracia de Dios y la alegría de mi corazón a

pesar de algunos momentos difíciles por los que tuve que pasar. Mi historia en la CVX es básicamente la historia de mi vida ya que es al mismo tiempo la historia de mi vocación. Me atrevería a decir que cuando hablo de la CVX hablo de mi propia y profunda identidad. Me descubro a mí misma y comparto lo más profundo de mi ser.

TODO EMPEZO CON UNA CLASE DE TEOLOGIA.

En 1978, después de que naciese mi tercera hija, volví a la universidad para hacer un curso de Teología. El profesor era un Jesuita serio que hablaba de la Iglesia en América Latina: poco antes de la Conferencia de Puebla, la Iglesia deseaba adentrarse en el camino de su opción por los pobres.

Sus clases me hicieron una gran impresión. Yo no había sido aún introducida en el rico y fascinante mundo de los movimientos del Espíritu. No estaba segura de lo que estaba sucediéndome y mis sentimientos me preocupaban. Comencé a preguntarme cómo fuese posible que yo, dada mi clase social, pudiera vivir según la exigencia que era una prioridad para la Iglesia en mi continente.

Un día, armándome de valor fui a hablar con mi profesor sobre mis sentimientos confusos. El me escuchó con atención y me preguntó. "¿Porqué no hace los Ejercicios Espirituales de San Ignacio?". Para una persona que se esperaba una solución e indicaciones concretas sobre lo que hacer, su respuesta fue bastante desconcertante.

Acepté el reto e hice un retiro espiritual de 8 días, en silencio. Fue mi primer contacto con la Espiritualidad Ignaciana y aunque no resolvió mi problema, me ayudó a experimentar a Dios más intensamente que antes. Me introdujo a un modo de orar nuevo y me abrió más amplios horizontes para el futuro.

Comenté la experiencia con un compañero de clase, un joven Jesuita. Fue entonces cuando oí hablar de la CVX por primera vez. Mi compañero me sugirió reunir en mi casa algunos matrimonios cristianos que pudieran estar buscando algo más profundo en sus caminos de fe. Me prometió que el Padre Cesar, Asistente Nacional de la CVX en Brasil, nos explicaría qué era la CVX. De las 20 personas que conseguí reunir ese día, seis estaban dispuestas a iniciar una comunidad. A pesar de que

no entendimos la explicación muy bien, estábamos dispuestos a intentarlo. Ahora, 12 años después, veo dos cosas con mayor claridad.

1. La CVX de Brasil ha descubierto su propia identidad creando su propio camino.
2. CVX es una vocación más, entre otras muchas en la Iglesia, una vocación que exige una generosa respuesta a la llamada de Dios.

EL DIFICIL CAMINO DE UNA COMUNIDAD.

El viaje de la Comunidad de *Nuestra Señora de los Caminantes* empezó casi por casualidad. Un Jesuita joven, Thierry Linard de Guertechin, acababa de llegar de Bélgica para dar clases de demografía en mi universidad. Le pillé de sorpresa cuando le pregunté si podía ser nuestro guía, y con una expresión divertida y perpleja, dijo "sí". Todavía hoy nos reímos cuando comenta cómo le engañé y cómo no le expliqué claramente en qué lío se estaba metiendo.

Al principio nos propuso hacer los Ejercicios Espirituales en la Vida Ordinaria como grupo. Fue un proceso largo que duró más de dos años, pero nos ayudó

a enfrentarnos con la triste realidad de la pérdida de seis miembros y la casi extinción del grupo.

Tratamos de atraer otras personas pero generalmente no teníamos suerte. Como no habíamos podido crear una Comunidad, yo le preguntaba a Dios si era verdad que El nos quería en una Comunidad. Fue entonces cuando me llamó una amiga. Ella y su marido aceptaban la propuesta de la CVX y se unieron a nuestra pequeña y frágil comunidad. Esto nos dio nueva energía para continuar.

En 1985 otras seis personas entraron en la comunidad y se formó tal como existe hoy día. Como en todas las cosas de Dios, la sucesión de una serie de "coincidencias" fue providencial.

Nuestro grupo es homogéneo en edades, condición social, nivel cultural, etc. pero es muy diferente en temperamentos, modo de vida, visión del mundo. Estas diferencias crean conflictos pero también nos enriquecen. Han abierto el camino a la comprensión, a la aceptación mutua y hacia una mayor reconciliación. Nos damos cuenta de que el pecado nos hace sentir la presencia de Dios más profundamente entre nosotros.

Sentimos que estábamos creciendo. Poco a poco nos estábamos transformando en CVX, una comunidad de discernimiento apostólico y estamos empezando a comprender que la experiencia de los Ejercicios Espirituales nos ha formado realmente.

LA CENTRALIDAD DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Cuando nuestro grupo empezó a organizarse en un modo más permanente, tuve la suerte de poder hacer los Ejercicios completos. Mi sueño era hacerlos en retiro. Me di cuenta de que era difícil abandonar mi familia y mi casa durante un mes entero. Mi director espiritual me propuso hacerlos en diversas fases, a lo largo de un período de dos años, aprovechando las vacaciones de verano e invierno. Mi marido estuvo de acuerdo. Así que en Julio de 1984, hice la primera semana en ocho días, la segunda semana durante 12 días en Diciembre del mismo año. En Julio y Diciembre del año siguiente hice la tercera y la cuarta semana respectivamente.

Fue una experiencia importante que causó en mí un impacto profundo. Proyectó una luz nueva sobre el Camino de Jesús; un

camino que había deseado seguir desde joven.

Empecé a aprender "haciendo" y siguiendo a Jesús como San Ignacio de Loyola: seguir a Jesús pobre y humilde, cargado con el peso de la cruz del mundo de hoy, tan dividido por el pecado, la injusticia y los conflictos. Seguir a Jesús, Rey Eterno y Señor Universal, que me llama a su servicio y me envía al mundo como una oveja entre lobos para anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios entre la gente (ver Lc 10:11).

Participar en la misión redentora de Jesús, aprender de El lo que debo hacer para dar testimonio de esa misión. Todo esto se convirtió en *la razón de ser* de mi vida.

Los Ejercicios Espirituales me ayudaron a ver la CVX desde otro punto de vista, como una comunidad de hombres y mujeres llamados a seguir a Cristo. Sentí un ardiente deseo de que todos los miembros de mi comunidad experimentasen los Ejercicios Espirituales y de renovarlos cada año. Comprendí que éste era el único modo de poder llegar a ser una comunidad de discernimiento.

Los Ejercicios Espirituales me ayudaron también a enfrentarme con un problema inquietante: cómo vivir la opción por los pobres en un ambiente burgués. No encontré la solución pero sí un camino. Por un lado, los Principios Generales (4) nos llaman a un modo de vida sencillo. Por otro lado, y esto fue decisivo para mí, el Señor me estaba llamando a usar mi formación teológica y espiritual para servir a los pobres, económicamente pobres, como individuos de carne y hueso.

Aprendí mucho con la CVX "Peregrinos de Emaus", una comunidad a las afueras de Río de Janeiro. Su modo sencillo y abierto de compartir la vida, su amor y la facilidad para orar (algunos hacían su oración a las dos de la mañana, único momento disponible) y su dedicación total y fiel a la Iglesia. Todo me hizo comprender por qué Dios prefiere a los pobres. La experiencia de darles los Ejercicios Espirituales fue uno de los momentos mejores de mi vida, y me confirmó en la convicción de que la Espiritualidad Ignaciana no es sólo para personas de un nivel cultural o social superior.

La llamada a dar los Ejercicios Espirituales a otros fue un paso

natural en el camino. El resultado concreto que yo veo en los laicos que han hecho los Ejercicios es descubrir que el Bautismo en sí mismo es una llamada a la santidad.

Por esto San Ignacio insiste en el MAGIS, en que vayamos más allá de nosotros mismos para servir al Señor. No hay lugar para la mediocridad, sino una llamada constante a superarse, a ir más allá.

Cada vez estoy más convencida de que no puede haber CVX sin la experiencia de los Ejercicios Espirituales. Muchos de nuestro grupo están ahora ayudando a otros grupos nuevos y dando Ejercicios Espirituales.

En el pasado, a causa de los hijos, mi esposo y yo teníamos que hacer los Ejercicios por separado. Ahora tenemos el gozo de poder hacerlos juntos. Haciéndolos juntos se fortalece nuestra vida como matrimonio y como familia.

UNA ELECCION INESPERADA

Nunca pensé en 1983 que llegaría a ser miembro del Consejo Nacional de Servicio que se ocupa de la formación y estructuras

de la CVX. Cuando el Presidente Nacional me dijo que habían propuesto mi nombre para el Consejo Nacional mi primera reacción fue de rechazarlo. Estaba aún al inicio de mi camino en la CVX y nunca había pensado en asumir una tal responsabilidad. Ella insistió y al final acepté, aunque sin saber a lo que me comprometía.

Los tres años de servicio como Presidente Nacional de la CVX de Brasil fueron años de luchas, fallos, abandonos, pero al mismo tiempo de alegrías, logros y del sentimiento de que Dios nos dirige y lleva a término el trabajo que ha iniciado. El es más fuerte cuando nosotros somos débiles.

Mis compañeros en el Consejo Nacional hicieron posible nuestro crecimiento y al hacerlo, me conmovieron el corazón. Hoy, hay más de 40 comunidades establecidas oficialmente y otras en estado de pre-comunidad.

Los desafíos continúan:

- dar una formación espiritual y apostólica sólida a los miembros;
- crear guías laicos que se ocupen de la formación de nuevas comunidades;
- dar la oportunidad a más

gente de hacer los Ejercicios Espirituales;

- trabajar para nuestra afiliación a la Comunidad Mundial;
- tener una presencia apostólica mayor en la Iglesia y en la sociedad de Brasil;
- Como comunidad nacional y como movimiento laico ser testigos de la opción evangélica y de la iglesia, por los pobres y por la lucha por la paz y la justicia.

Agradezco de corazón a Dios y a la Comunidad Nacional que me confiaron el desarrollo de su misión. Aprendí mucho ayudando a construir una Comunidad CVX en Brasil con la ayuda de tres asistentes nacionales y varios laicos que sirvieron en tres consejos nacionales diversos. Ciertamente, el Señor hace maravillas!

LA GRACIA DE PERTENECER A UNA COMUNIDAD MUNDIAL

En 1986, siendo Presidente, tuve la oportunidad de participar a la Asamblea Mundial de Loyola, España. Fue entonces cuando la rica variedad de la Comunidad Mundial se abrió ante mis ojos. Fue una gran alegría encontrar gente de culturas diversas, uni-

dos íntimamente por la experiencia y el lenguaje común de la Espiritualidad Ignaciana. Las cualidades humanas y espirituales de los delegados y del Consejo Ejecutivo me fascinaban y me hicieron dar gracias a Dios que llama a tanta gente al servicio del Reino.

El hecho de pertenecer al cuerpo mundial de laicos - del cual la pequeña comunidad de *Nuestra Señora de los Caminantes* era una célula - amplió mis horizontes y añadió una nueva dimensión a mi vocación ignaciana. Empecé a ver las posibilidades de buscar y hacer que esta bondad fuese más universal y más divina. (cfr. Constituciones, Parte VII, c. 2, 622). Como Comunidad Mundial, habíamos caminado juntos. Nos dimos cuenta de que el texto de los Ejercicios Espirituales tiene un peso y una importancia decisiva. Esta fue la "gracia" de Loyola '86.

Al volver al Brasil, mi mayor preocupación fue hacer todo lo posible para que la "gracia" de Loyola'86 fuera asimilada y vivida lo más profundamente posible por nuestra Comunidad Nacional. Así pues, Gina Torres, el Padre Romanelli y yo viajamos y comunicamos nuestras experiencias a

las diversas comunidades en Brasil, traducimos los textos de la Asamblea y escribimos nuestros testimonios para compartirlos con todos. Esperábamos que esto pudiera dar a cada uno la idea de que somos una Comunidad Mundial y que aquí está nuestra fuerza.

En 1990 después de servir por tercera vez como presidente nacional fui nombrada por varias comunidades candidata a la vicepresidencia de la Comunidad Mundial. Me sentí feliz al ver que la Comunidad Mundial me encomendaba una misión tan importante. Fue una experiencia muy bella discernir a todos los niveles: con mi familia, con mi comunidad local, y con el ExCo nacional, llegando finalmente a la conclusión madurada de aceptar, sabiendo que me ayudarían pasara lo que pasara.

En Guadalajara, después de un proceso de discernimiento, con grande sorpresa por mi parte, fui elegida. Todo estaba claro y lleno de alegría, señal de confirmación por parte del Señor.

El primer año de mi mandato trajo inesperados acontecimientos. Unos meses después de la Asamblea, cuando volví a Brasil, José Reyes, del Secretariado gene-

ral en Roma, me informó de la enfermedad de nuestro Presidente, Brendan McLoughlin y que yo debía tomar su puesto mientras él se curaba. Estuvo enfermo durante un año, y debo admitir que fue difícil presidir durante diez días una reunión con personas que encontraba por primera vez, hablando en una lengua extranjera y teniendo que tomar decisiones muy serias. Todo esto sucedía mientras mi madre se estaba recuperando de una dolorosa y grave operación de cáncer al seno.

La misión es siempre más grande que nosotros porque es cosa del Señor, no nuestra. Pude tener una prueba de esto durante aquellos días. Ayudada con la paciencia y la amabilidad de los otros miembros del ExCo, pude terminar la reunión y esperar con mayor tranquilidad que Brendan se mejorase, como sucedió a tiempo para la siguiente reunión.

Durante los primeros años mi mayor preocupación era la de estar presente y ser más visible como miembro del ExCo en las comunidades nacionales de América Latina. He pensado siempre que los miembros del ExCo no deben ser figuras sin rostros.

Así que me encontré dando

dos cursos de formación en Mendoza (Enero de 1992) y después en Buenos Aires (Enero 1993). El primero sólo para miembros de la CVX, el segundo a estudiantes Jesuitas y laicos de todo el país. Fue una experiencia extraordinaria y agradezco al Padre Jorge Elkins SJ y al Padre Juan Ochagavía SJ, de Chile, que compartieron la experiencia conmigo. Después me llamaron de Perú y junto con el Padre Ochagavía fuimos allá en Julio del 1993. Nos han pedido que vayamos a Venezuela y Bolivia en 1995 y es estudiando ver los resultados.

A través de la experiencia de los Ejercicios Espirituales las comunidades nacionales se están abriendo a la gracia del Señor.

En la Asamblea de Hong-Kong en Julio de 1994 fui nominada para vice-presidente y para presidente. Mi decisión era aún más complicada que la anterior ya que durante 1993 estuve viviendo una experiencia nueva, una que implica un lazo profundo con la misión de la Compañía de Jesús: la responsabilidad de dirigir uno de los trabajos de la Provincia, la creación de un centro de formación para laicos. Es un trabajo entusiasmante pero al mismo tiempo un desafío ya que todo es nue-

vo y está por organizar. Siento con gran alegría que puedo contar con la colaboración de mis hermanos y hermanas de la CVX; para nosotros ésta es una gran experiencia como comunidad.

Después de discernir mi nominación a todos los niveles de la CVX, hablé con el Padre Francisco Ivern, SJ, el provincial, que verdaderamente cree en la importancia de los laicos y en la colaboración mutua. Es un buen amigo de la CVX. Mi conversación con él me dio una gran paz. Decidí no presentarme como presidente ya que hay muchos otros buenos candidatos disponibles para ese puesto. Pero pensé que sería una ayuda continuar como Vice-Presidente.

La Asamblea de Hong-Kong no sólo aumentó mi fe y el amor por la CVX Mundial sino que me dio la oportunidad de organizar la Asamblea Mundial desde dentro. Fue un buen proceso pedagógico lleno de alegría y de sufrimiento.

La reelección como Vice-Presidente para cuatro años más, reforzó mi deseo de continuar ayudando en el proceso de crecimiento de la ya sólida Comunidad Mundial, que debe descubrir y consolidar su vocación a la misión.

La oportunidad de trabajar

con el nuevo Consejo Ejecutivo en donde los miembros son buenos amigos me llena de esperanza. Es un Consejo Ejecutivo dinámico, lleno de esperanzas y creatividad. El Espíritu Santo puede hacer muchas cosas con esto.

Incluso antes de nuestra reunión de Marzo de 1995, ya puedo hablar de algunos de estos sueños míos:

- Trabajar por una cooperación mayor con los Jesuitas. Espero que las experiencias de Brasil y de los Estados Unidos sean útiles aquí.
- Prestar atención a los encuentros de formación de Asistentes Eclesiásticos. Su preparación debe ser esmerada y consciente.
- Definir las bases de un programa de formación para miembros de la CVX para ayudar a los guías y asistentes en todo el mundo. Los elementos básicos deben incluir el tema "misión" desde el principio. Espero que mi experiencia con el "Centro Loyola de Fe y Cultura" y nuestro proceso de formación de laicos pueda ser de ayuda en todo esto.

CONCLUSION

EN TODO AMAR Y SERVIR (EE.EE #223)

En Mayo 1989, en la Universidad Pontificia Gregoriana en Roma, presenté mi tesis doctoral sobre el tema: "Dios y Servicio Divino: Teología Mística y Praxis Cristiana en Ignacio de Loyola". El entero proceso de redactar la tesis - vivido como misión y como fruto de discernimiento - llevó consigo muchas renunciaciones y tensiones para mí y para mi familia. He dedicado la tesis a la Comunidad Mundial porque la CVX me ayudó y continúa ayudándome a vivir la Espiritualidad Ignaciana convirtiendo mi vida diaria al servicio del Reino. Continúa enseñándome cada día a *Servir y Amar a su Divina Majestad en todas las cosas*, como enseña San Ignacio en la *Contemplación para alcanzar Amor*. La gracia que pido al Señor cada día, ahora como antes, es la de *crecer en el conocimiento interno y en el amor del Señor* según enseña San

Ignacio al ejercitante en cada oración durante la segunda semana. En estos últimos días, este conocimiento interno y amor están inseparablemente unidos a un cuerpo: la Comunidad Mundial de CVX con una relación particular con la Compañía de Jesús. Creo que pertenecer a esta comunidad, una comunidad misionera es esencial para poder vivir la propia vocación cristiana de forma ignaciana. Espero que como Consejo Ejecutivo podamos verdaderamente ayudar a la Comunidad Mundial a ser más y más consciente de ello.

En el momento en que la Compañía de Jesús inicia su 34ª Congregación General, en la cual la colaboración con los laicos es un tema muy importante, nosotros como CVX debemos tenerles presentes en nuestras oraciones, porque creo que la fuerza y la eficacia de nuestra misión en el futuro dependerán de nuestra capacidad de trabajar todos juntos para el Reino de Dios.